

# ***ROMANCERO***

---

ALFREDO BUFANO



### **ROMANCE OFRECIENDO EL LIBRO**

De estos romances de nubes,  
de viento, plumas y aguas,  
de frágiles florecillas  
y hierbezuelas mojadas,  
sea para ti el primero  
que sus viejas rosas abra  
en este libro que huele  
a bargueño con manzanas,  
a luna de amor antiguo  
y a papel de viejas cartas.

Sea para ti el primero,  
mi mujer, la muy honrada;  
humilde como ninguna,  
como ninguna cristiana,  
en la soledad valiente,  
de oro y hierro en la desgracia,  
de miel en las dulces horas  
y siempre de amor y lágrimas.

Si yo soy muro, tú eres  
hiedra de luz que me abraza;  
si yo soy fuego, tú eres  
viento a veces y otras agua;  
tú eres, si yo soy río,  
hondo cauce y tierra arada.  
¡ Madre de hermosos lobeznos  
y de una paloma blanca;  
leona, si te los tocan;  
gacela, si te los aman!  
Como un helecho remoto  
te traje a estas montañas;  
y en mi soledad floreces,  
y en mi silencio te agrandas.  
¿No ves? si el valle y los montes,  
y las nubes y las aguas,  
y los pájaros del cielo  
ya por tu nombre te llaman.  
¡Deshójate en este libro  
y llénalo de tu gracia!  
A Héctor Palacios Capdevila

### ROMANCE DEL BUEN ROMANCE

Romance del buen romance,  
romance del romancero;  
viejas lunas de Castilla,  
paredones de Toledo,  
Guadalquivir luminoso,  
sonoros siglos del Duero,  
almenas y torreones,  
áridos campos manchegos,  
cristiandades, morerías,  
Granada, Córdoba, Oviedo,  
España en redes de oro,  
de cristal, de rosa y hierro.

Romance del buen romance,  
romance del romancero;  
enjuto don Luis de Góngora,  
señor de altísimos cielos;  
Carvajal, Pero Mexía,  
don Francisco de Quevedo,  
y tú el de Rivas, ¡ oh! Duque  
castellano y caballero;  
rosas del mar que se abren  
derramándose en los vientos.

Romance del buen romance;  
don Luis, don Lope, don Diego,  
prietas barbas puntiagudas,  
alargados rostros secos,  
tiesas golillas de espuma,  
ojos místicos y fieros,  
pálidas manos cerúleas,  
espadas, hábitos negros,  
hijosdalgo, malandrines,  
piratas, monjes, logreros,  
sombras por rutas de sangre,  
de luz, de gloria y de sueño.

Romance del buen romance,  
alárgate en mi sendero,  
para que puedan mirarte  
mis cansados ojos nuevos.

## EL MONTAÑES QUE VIO EL MAR

Entre estos montes de sangre,  
entre estas montañas lívidas,  
moraba el hombre cenceño  
que verdes ojos tenía.

Lo vimos más de una vez  
sentado en las cumbres rípidas,  
echando a volar las aves  
que en sus miradas dormían.

En un aclarar de malvas  
con estrellas desteñidas,  
el montañés de ojos verdes  
se nos fue sendero arriba.  
Llegó a la cumbre hecho sombra  
y se perdió entre neblinas.

Con lentitud de camellos  
sobre arenas encendidas,  
por nuestro valle pasaban  
los años en pardas hilas.

Pero una tarde de oro,  
¡ por la montaña amatista,  
vimos llegar un viajero  
que nadie reconocía.

Era el hombre de ojos verdes;  
mosaicas barbas traía;  
lluviosas barbas de espuma  
nevadas y retorcidas;  
murmillos de caracolas  
en sus palabras había,  
y al dar sus manos dejaba  
aromas de aguas marinas.

¡Nunca tan verdes sus ojos,  
ni sus miradas tan limpias!  
Donde él sus ojos posaba  
horizontes florecían.  
—¡He visto el mar, montañeses!  
¡ He visto el mar! —repetía,  
mostrando los dientes blancos

entre una roja sonrisa.  
Y el valle, desde esa hora  
dio rosas de lejanías.

NOCHE AMARILLA  
Sale una luna redonda  
bañada en ácido pícrico.  
El mundo todo se ha puesto,  
se ha puesto todo amarillo.

La acacia en flor se derrama  
en pétalos de oro vivo;  
lanza cohetes al aire  
el jarillal florecido;  
pirotecnia de retamas,  
de chañares y espinillos.

Albaricoques maduros,  
crisantemos desteñidos,  
limones reverberantes  
penden del cielo en racimos.

Son de azafranes las aguas  
anchas y mudas del río.  
Se baña en jalde la sombra  
en el silencio amarillo.

Danza el Otoño a lo lejos  
entre guirnaldas de nísperos.  
Modelan buhos de cera  
ictéricos duendecillos.

Sobre una gran solfatara  
cuelga la Muerte de un hilo.  
El cielo se abre en topacios  
entre fosfóricos brillos.

Mi cuerpo es todo de ámbar  
y de marfiles antiguos;  
mi alma, una rosa de sueño  
amarillenta de siglos.

Ojos de tigres me alumbran

por los remotos caminos.

### LAS DOS LABRIEGAS

Tocadas de blanco lino,  
vestidas de lino tétrico,  
dos mujeres espectrales  
aran un campo desierto.

Apenas se ven sus brazos;  
son tardos sus movimientos  
tras el arado y la yunta  
de escuálidos bueyes negros.  
De tan despacio que van  
sobre los surcos abiertos,  
parece que no pisaran  
la tierra sus magros cuerpos.

La tarde tiene un color  
que sólo se ve en los sueños.  
Difusas nubes rosadas  
decoran el ancho cielo.

A lo lejos, en el campo  
entre azul y amarillento,  
manchan de sombra la tarde,  
cipreses, pinos y cedros.  
La quietud, con ser tan honda,  
110 es más honda que el silencio.

Florece en gleba el arado,  
caminan los bueyes viejos,  
tras ellos van las mujeres  
como detrás de un entierro,  
tocadas de blanco lino,  
vestidas de lino tétrico.  
Su actitud, más que de arar,  
es de contrición y rezo.

La tarde tiene un color  
que sólo se ve en los sueños.  
En el poniente verdoso  
abre su lirio el lucero.  
La quietud, con ser tan honda,

no es más honda que el silencio.

Y las dos mujeres aran  
el triste campo desierto.

Enfrente del campo arado,  
enfrente está el cementerio.

#### LA ROSA DE TRES PETALOS

Yo era dueño de una rosa,  
de una rosa de cien pétalos;  
quien los tocaba decía  
que era espina el terciopelo.

Colores como esos, nunca  
ojos de hombre nunca vieron.

Eran rojos y amatistas,  
pálidos, lívidos, negros,  
verdes de ocasos remotos  
y azules de cielos nuevos.  
Ni el sol, en prismas cautivo  
daba más hondos reflejos.

Entre la rosa dormían  
hechos corola mis sueños,  
y se aromaban en ella  
caminos, mundos y vientos.

Cayeron después las nieves  
de los peores inviernos;  
la doblegaron los soles,  
largas lluvias, torvos cierzos,  
noches de agudas ventiscas,  
días de trágicos duelos,  
y vientos, mundos y rutas  
para enterrarla se abrieron.

De aquella rosa de antaño  
sólo me quedan tres pétalos;  
uno terrizo, otro gris  
y de oro muerto el postrero.  
Tres pétalos: ¡mi pobreza,  
mi soledad y mi ensueño!

LA LUNA PERDIDA

Perdió la luna el camino  
y no lo puede encontrar.  
—¿En dónde está mi camino?  
No hace más que preguntar.  
—¿En dónde están mis senderos?  
Mis rutas, ¿en dónde están?  
Nadie responde, y acaso  
ya nadie responderá.

La luna vaga perdida,  
blanca de pena mortal,  
blanca de lóbregas luces,  
blanca de nieve polar.  
Sólo en la muerte mis ojos  
han visto blancura tal.

Ya no anochece en el mundo  
porque la luna no está.  
Se fue por otros caminos  
que a la alta noche no dan.  
Por diurnos cielos de laca,  
deshecha de caminar,  
triste, angustiada, traslúcida  
en su menguante espectral,  
vaga la luna perdida  
cegada de claridad.

Se cortan los arroyuelos,  
de pena solloza el mar,  
las fuentes secan sus aguas,  
quiebra el lago su cristal;  
mástiles, selvas y bosques  
no cesan de resonar.  
Llora el amor bajo el día,  
llora con hondo llorar,  
que amor y luna es lo mismo  
para nuestra soledad.

Perdió la luna sus rutas  
y no las puede encontrar.  
Ya no anochece en la tierra  
porque la luna no está.



Vaga por cielos remotos  
y ya nunca ha de tornar.  
Claman estrellas y rosas,  
gimen las aguas del mar,  
los ríos y los arroyos  
de pena, secos están.  
Pero la luna no vuelve,  
y ya nunca volverá.

¡Blanca luna, blanca luna,  
perdida en la eternidad!  
¡Poetas: estamos solos  
desde hoy, por siempre jamás!

#### ROMANCE DE REGRESO

Me fui con las hojas verdes  
y el verde río sonoro,  
con las ubres de las parras  
llenas de miel y de gozo.

Me fui con los valles anchos  
y los dorados aromos,  
con los caminos en flor,  
en flor de herrenes y tordos.

Me fui con el alma mía  
vestida de frescos tonos,  
me fui con los ojos llenos  
de claros mundos remotos.

Vuelvo a las viejas montañas  
marfil y cera en mi otoño;  
ojos blancos y vacíos  
de tanto mirar a otros;  
manos heladas y frágiles  
como antiguos heliotropos,  
y todo yo de cenizas,  
de sal, de pena y de polvo.

Al llegar, bajo la luna  
en el campo he abierto un pozo;  
mi corazón he enterrado "

como un tubérculo de oro.  
Dios hará que se abra un día  
    hecho lucero o gladiolo;  
    me lo pondré alborozado  
en "mi pecho suave y hondo,  
    y he de volar bajo el cielo  
como un halcón luminoso.

#### LA HERMANA VIAJERA

Algo de luna y de agua  
    aquella hermana tenía;  
algo de pájaro y viento,  
    de sueño y de nubecilla.  
Eran azules sus ojos,  
    ¡y azul es la lejanía!;  
remotos cielos y mares  
    espejaban sus pupilas,  
y en su voz y en sus palabras  
    volaban las golondrinas.

Faisanes de ocasos lueños  
    a sus tierras la atraían;  
huertos que no eran los suyos  
    tras las distancias veía;  
estrellas de otros colores  
trocaba en luz en sus prismas,  
    y tenía olor de tiempo ,  
    su cabellera marina.

Un día se fue en silencio;  
    se fue en silencio.  
¡La brisa, la nube, la primavera,  
    los astros, las golondrinas,  
también se van en silencio  
    por rutas desconocidas!

Se fue en silencio. Y de brumas  
    por el silencio vestida,  
fue niebla, trópico, arena,  
sombra, borrasca, ventisca,  
tulipán de seda cálida  
    y milagrosa glicina.

Mis años, cual rosas mustias,  
mis años se deshacían  
esperando a la viajera  
que ya nunca volverte.

Quiso conocer los astros  
y no dijo que se iba.  
Dejó su casa en silencio;  
dejó en silencio la vida.  
Y hoy, espectral capitana,  
su nave de estrellas guía.

### EL PICAPEDRERO

Estaba el picapedrero  
sentado al rayo del sol,  
labrando una piedra dura  
cual otra nunca labró.

De noche en su casa vieja  
bajo la luz de un farol,  
su piqueta y su martillo  
sonaban con triste son.

Tenía el picapedrero  
pálido rostro de amor,  
inmóvil como la piedra  
que labraba su tesón.

Lo vi una tarde y le dije:  
¿Qué tallas con tanto ardor?  
¿Por qué martillo y piqueta  
no cejan en su labor?  
—¡Por una barbacanera  
me estoy muriendo, señor;  
por una barbacanera  
que es nieve, rosa y vellón!

¡ Sólo esta piedra de muerte  
en ella ha hallado mi amor,  
y yo me consuelo dándole  
la forma de un corazón!

### RETRATO

Este muchacho que tiene  
negros los ojos y el pelo,  
ágiles miembros de gamo,  
elástico y firme cuerpo;  
este muchacho que mira  
de un modo tan grave y tierno,  
de un modo que pareciera  
estar mirando a lo lejos;  
este muchacho que luce  
hermoso tórax y cuello,  
este muchacho es mi hijo,  
lo mejor que diome el cielo.

¡Clara música del patio;  
capitán de barulleros;  
luna, relámpago, aroma,  
mística rosa y lucero,  
ojos por donde yo miro,  
boca por donde yo rezo!

## II

### LA NIÑA QUE SE ENAMORO DEL AGUA

Más fina mujer no vieron  
sino los ojos de Dios.  
¡ No eran más dulces las nubes  
que aquellos sus ojos, no;  
ni más sedeños los nardos  
que su breve cuerpo en flor,  
ni más profunda la muerte  
que su triste corazón!

Donceles los más preciados  
la requirieron de amor.  
Príncipes de extrañas tierras,  
oro y plata bajo el sol,  
llegaban y le ofrecían  
de sus tierras lo mejor;  
pero a ellas regresaban  
envueltos en su dolor.

Entre los bosques se oía  
más de una trémula voz,  
que no era el alma del viento  
ni el canto del ruiseñor,  
sino la cuita sin nombre  
de tanto iluso amador.

La doncella blanca y leve  
como las hebras del sol,  
del agua estaba prendada  
y al agua su alma le dio.

Estanques, lagos y ríos,  
y el mar, mudable señor,  
la vieron mirar sus aguas  
como nadie las miró.

¿Qué veía la doncella  
que así temblaba, mi Dios?

¿Qué mundos desconocidos,  
qué luz, qué joya, qué flor  
brillar veía en las ondas  
de melodioso temblor?

Vestida de blanco puro  
un día a un río llegó.  
¡No eran más bláncas las aguas  
que su blanco rostro, no!

Prendada estaba del agua,  
y al agua su cuerpo dio.  
Prendada estaba del agua  
y el agua se la llevó.

Alga, liquen y guijarro  
su cuerpo en el agua es hoy,  
y clara música ignota  
su pálido corazón.

### III

RICARDO MONNER SANS

Así era don Ricardo,  
don Ricardo Monner Sans.  
Ojos lejanos y hondos  
de transparente mirar.  
Blancos mostachos de nieve  
y barba de lino albar.

Figura de fijodalgo  
mejor que él, nadie tendrá;  
que Dios tan sólo señala  
con belleza a la bondad.

Sus palabras, de tan dulces,  
eran miel de colmenar.  
De tan graves, sus palabras,  
nadie olvidarlas podrá.  
¡Sus labios sólo se abrieron  
para rezar y enseñar!

Así era don Ricardo,  
don Ricardo Monner Sans.

#### PLEGARIA

Estrellas del alto cielo,  
ramas del negro pinar,  
arroyos de aguas cerriles,  
cantos de la soledad,  
margaritas de los valles,  
tú, pájaro, y tú, rosal;  
niños de todas las tierras,  
melodía y claridad,  
guijarros, nubes, luciérnagas,  
acompañadme a rezar  
por el alma hecha de incienso  
de Ricardo Monner Sans.

EN UX LIBRO DE LETICIA REPETTO EAEZA DE VALPARAÍSO

#### I

Hoy quiero hacer un romance  
para Leticia Repetto;  
hoy que está la tierra en flor,  
hoy que están en flor los cielos,  
hoy que hay nieve sonrosada

dormida en los durazneros;  
hoy que se han puesto su traje  
de albas plumas los almendros,  
y que las aguas rutilan  
como alargados espejos;  
hoy que el mundo en mi alma se abre  
como un gran árbol de sueño,  
y que el verso se me escapa  
como ave de entre los dedos;  
hoy quiero hacer un romance  
para Leticia Repetto.

## II

En esta casa poblana,  
¡oh soledad y secreto!  
entre estos muebles de otrora  
y entre estos mures proyectos;  
aquí donde sueño y vivo,  
donde amo, trabajo y rezo;  
aquí, donde abro la tierra  
para que nazcan mis versos,  
aquí la tengo a Leticia  
sobre un calado bargueño,  
entre rostros familiares  
que me miran en silencio  
desde los cielos inmóviles  
de la amistad y el recuerdo.

## III

Surge de un fondo sombrío,  
toda vestida de negro;  
se aclara en nubes lejanas  
su tez de marfiles viejos.  
No sé el color de sus ojos  
ni sé el color de su pelo,  
pero ambos deben tener  
color de estrella y de tiempo,  
color de mundos remotos,  
de luz, de agua y de sueño.

## IV

Ella está en Valparaíso  
y yo en mi argentino suelo;

ella junto al mar sonoro  
y yo entre cárdenos cerros.  
Pero una misma es la luna  
y las estrellas del cielo  
que ven mis ojos de nieblas  
y los suyos, claros, negros,  
verdes, garzos o celestes  
y enormes ojos chilenos.

V

En este libro que ha escrito  
su mano, pongo estos versos:  
un trébol de cuatro hojas  
cincelado en oro viejo.

LOS DIECISEIS ARRIEROS

En memoria de los dieciséis remeseros cuyanos, muertos bajo un temporal de nieve en  
el Paso de El Portillo.

Camino de Tunuyán  
iban dieciséis arrieros.  
Camino de Tunuyán,  
claros valles y roquedos,  
montañas de pesadillas,  
verdes ríos, altos cielos  
y olorosos jarillales  
entre los aires de enero.

Por El Portillo venían  
dieciséis hombres de hierro;  
manos volcadas en bronce,  
rostros tallados en cedro,  
cardones hoscas las barbas,  
ojos de bayas de enebro  
en donde duerme el terruño  
y copia leguas el tiempo.

Camino de Tunuyán,  
botas, ponchos y chambergos,  
pellones sobre pellones,  
guardamontes crujideros,



mandiles verdes y rojos,  
recias isangas y arreos,  
las amplias oes del lazo  
en una, ahorcadas de un tiento;  
la cruz del puñal asoma  
de entre el cinto chirolero,  
y pasan; tierra y color,  
bronce, coraje y silencio,  
camino de Tunuyán  
los dieciseis remeseros.

Mes de verano corría.  
Nunca tan límpido el cielo;  
quietud de mármol soñaba  
en el aire y en los cerros.  
Mas de pronto, los nublados  
como fantasmas surgieron.  
Negras sombras, negras rutas,  
negros montes, aires negros.  
Se abrieron en gritos rojos  
las agrias fauces del viento,  
por entre aradas picadas  
y torvos desfiladeros.

Después la nieve, la nieve  
con su blancura de espectro;  
con su trágica blancura  
de cal, de osario y de miedo,  
llenó las quiebras sombrías,  
cubrió los ásperos cerros.  
Dios la acostó sobre el valle  
como quien acuesta a un muerto  
Los verdes ríos cerriles  
entre copos se perdieron,  
y los caminos del mundo  
se cerraron tajo el cielo.

Muías blancas, hombres blancos,  
manos yertas, ojos ciegos.

Mes de verano era entonces,  
pero cuerpo contra cuerpo  
bajo la nieve dormían

los dieciséis remeseros;  
dormían bajo la nieve  
sueño mejor que otro sueño.

El cielo, roto en blancura,  
se echó llorando sobre ellos.  
La nieve les dio mortaja;  
responso, el pálido viento.

Camino de Tunuyán,  
con grave paso de entierro,  
dieciséis mulas serranas  
llegaron solas al pueblo.

#### SEMANA SANTA EN LA MONTAÑA

Cielo azul, campos de oro,  
aguas finas, ramas quietas,  
aroman el aire manso  
llaullines y yerbabuenas.  
Terrizas calles se alargan  
adormecidas de leguas,  
orilladas de arrayanes  
y de espectrales choperas.  
Hay un silencio de nube  
tendido sobre la tierra.

Jinetes, mozas y changos  
vienen bajando las cuestas;  
remolinos de colores,  
música de agrias espuelas,  
alegrías de coscojas  
y viboreos de riendas.  
Pero en las almas se abre  
un gran silencio de estrellas.

La ermita de la montaña,  
acribillada de grietas,  
de rumores apagados  
y olor de campo se llena.

Jesús abre sus heridas  
en lóbrega cruz de leña,  
y se derrama en dulzura

en la penumbra de cera.

Afuera el campo de oro,  
gañanes, changos y viejas;  
tascar de frenos de plata  
y tintineos de espuelas.

Pero en las almas se abre  
un gran silencio de estrellas.  
Y los brazos de la Cruz  
florecen sobre la tierra.

### CRUZ LOBOS

De Malargüe al Colorado,  
Cruz Lobos camino iba;  
treinta leguas de por medio  
sobre la tierra tendidas;  
treinta leguas que se enroscan  
en los cerros como víboras;  
treinta leguas de silencio  
sólo por ver a su niña.

La dejó con sus rebaños  
en su chozuela de quinchá,  
cuando hizo de Juan Riquelme  
vaina para su cuchilla.

Jinete en su yegua mora,  
entre soles y ventiscas,  
vagó por cerros y montes  
y por quebradas sombrías,  
seguido por cinco galgos  
puntiagudos como espinas.

De Malargüe al Colorado  
Cruz Lobos silbando iba.

Nocturnas barbas prolongan  
su cara enjuta y bronceada,  
y sus ojos sagitales  
ahondan las lejanías!

Como las grupas del agua  
su yegua mora rutila.

Al Colorado Cruz Lobos,  
al Colorado ya arriba.  
Sólo un silencio de arena  
le da a Cruz la bienvenida.  
La siesta del monte huele  
a sol, a hierbas y a sirria.

Debajo de un algarrobo  
ve Cruz que un zaino dormita.  
¡El zaino de Juan Riquelme!  
Y Cruz Lobos se persigna.

Se acerca al chocil y ve,  
ve dos cabezas unidas.  
¡El difunto Juan Riquelme  
hace el amor todavía!  
Del Colorado hacia dentro,  
por sendas desconocidas,  
jinete en su yegua mora  
Cruz Lobos espuelas hinca.  
Lleva al anca dos cabezas,  
sangrientas, trágicas, lívidas.

Cruz Lobos galopa y canta  
con agria voz retorcida:  
“No siempre es bueno en el mundo  
ser muerto que resucita,  
ni puede el tigre cebado s  
alvarse todos los días”.  
La voz se clava en la tarde  
como si fuera de espinas.

A UN FLAMENCO  
Bajo la nieve llegaste  
por los caminos del cielo,  
poniendo tu mancha rosa  
entre tanto albor siniestro.

Cruzaste brumosos ríos,  
montes lóbregos y espesos,

silentes llanuras anchas,  
cerros, bosques y roquedos.

La nieve sobre tus alas  
ponía sus copos trémulos,  
y así a mi huerto llegaste,  
¡oh solitario flamenco!

Detrás dejaste las aguas  
brillantes de Llancanelo,  
las pampas de Cochicó  
y El Agua de los Terneros,  
para posar sobre el blanco  
sudario del blanco huerto  
la rosa de tu plumaje,  
señor del agua y del cielo.

Junto a la acequia sonora  
te diste a hilvanar tu ensueño;  
corría el agua a tus pies  
arrullando tu silencio.

Tus líneas de vieja estampa  
y de jarrones chinescos,  
breves días ilustraron  
el mustio jardín cerrero,  
que vio el celeste prodigio  
al dar rosas a destiempo.

Bajo una luna de junio,  
trágica luna de féretro,  
junto al agua luminosa  
una noche te hallé muerto.

La claridad torturante  
velaba sobre tu cuerpo,  
que era un manojo de rosas  
abandonado en el suelo.

Corría el agua a tu lado  
por los caminos del sueño.

## EL MILAGRO

Por los viñedos venía  
bañada en oro de siesta.  
Por los viñedos venía  
la tumultuosa morena.

Pulpa de aurorar la boca,  
¡para la sed, qué represa!  
los ojos como dos llamas;  
las mejillas, dos frambuesas,  
desnudos hasta los hombros  
los brazos color de arena;  
por las rodillas las faldas,  
agresivas las caderas;  
su tez, gladiolo y jacinto,  
y el pelo de madre selvas.

Por los viñedos venía  
radiante en oro de siesta,  
por el camino dejaba  
olor de fruta tras ella.

Salióle al paso Nahuel  
con su agria cara de fiera.  
Como reseco lagarto  
pegado en la faz siniestra,  
tiene una ancha cicatriz  
desde la boca a la oreja.

Por los viñedos venía,  
manzana y sol, la morena.

Nahuel la siente llegar  
cual viento de primavera,  
tiemblan sus manos velludas,  
sus belfos húmedos tiemblan,  
y su ancha cara de tigre  
se tuerce en lúbrica mueca.

Blanca se ha puesto la niña  
como la leche de almendra.

Nahuel la ataja con furia,  
la toma con manos férreas;

su áspera boca barbada  
pone en los labios de ella.

La voz se le fue a la moza  
como una avecilla trémula.

Una paloma en el aire  
de pronto revolotea;  
trae un puñal en el pico  
la milagrosa viajera.  
El arma pone en la mano  
dulce, dorada y pequeña.  
En un abrazo profundo  
la moza a Nahuel aprieta,  
y por la espalda taurina  
la hoja helada le entra.

Con negra sangre de lobo  
se humedecieron las hierbas.

Fin de “Romancero”